

Vivir del arte

Por Lorena Castellano Rivero

Mónica Fallini Buenaventura (44) vive en una granja en las afueras de Dallas, en el estado de Texas y está casada hace más de 14 años con Martín Silva. “Nací en Paysandú y a los 18 años me mudé a Montevideo cuando ingresé a Facultad de Ciencias, para estudiar Licenciatura en Ciencias Biológicas. Un tiempo después ingresé a Educación Secundaria como docente de Inglés y los años que siguieron me dediqué al trabajo y al estudio. Como saben los docentes, el trabajo con los chiquilines en Secundaria insume mucho tiempo, el horario no termina cuando te vas del liceo, sino que queda mucho por hacer cuando llegas a tu casa. También daba clases de apoyo a escolares y liceales en mi domicilio, por lo que no me quedaba tiempo para tomar clases de pintura al óleo, que era algo que siempre quise hacer”, relató.

En el liceo del barrio capitalino Nuevo París conoció a Martín, también profesor, y se casaron. “Un tiempo después, luego de haber viajado en dos oportunidades a Estados Unidos, decidimos volver una tercera vez. Me fui del país básicamente porque sentía que no me podía desarrollar profesionalmente. A veces sentía que mis esfuerzos en materia de estudio y trabajo no rendían frutos, había una sensación subjetiva de falta de valoración. Pude haber estado equivocada, pero era lo que sentía. Además, más allá de nuestros esfuerzos, debíamos recurrir a la ayuda económica de nuestros padres y esto nos generaba incomodidad a mi esposo y a mí, que como adultos queríamos salir adelante con nuestros propios esfuerzos. Esto nos llevó a emigrar”, dijo.

Descubre la pintura

Mónica comenzó haciendo una pasantía



La sanducera Mónica Fallini reside desde hace 11 años en Texas, Estados Unidos y cambió su carrera de biología por arte. Estudió pintura en un colegio con una reconocida artista, y luego continuó como autodidacta. Ha ido construyendo una reputación y desde hace varios años vende su trabajo en varios países del mundo, pero principalmente en Texas, Louisiana y Oklahoma.



en el área de zoología en el refugio Tiger Creek Wildlife Refuge, en Texas, pues tenía la idea de dedicarse al estudio de grandes felinos ya que le interesaba su defensa y preservación, y pensando en volver a Uruguay a fin de terminar su último año de facultad. Pero hubo un cambio de rumbo muy fuerte y el sueño de estudiar pintura por fin se concretó y sus planes cambiaron.

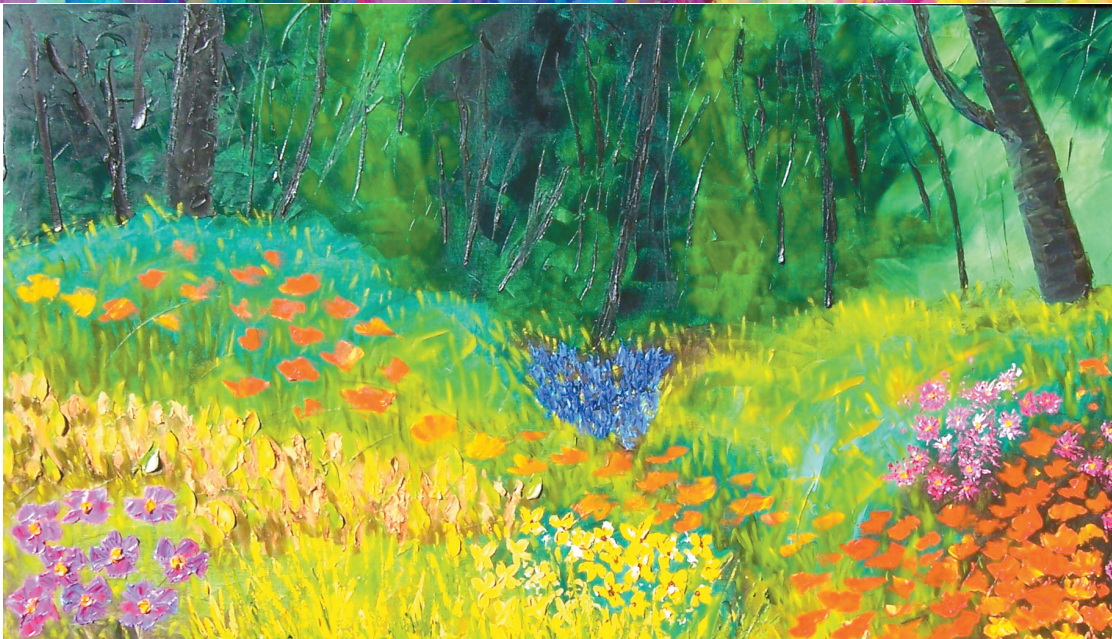
“Al poco tiempo de estar aquí tuve la oportunidad de tomar un curso de pintura al óleo en el Tyler Junior College, un colegio preuniversitario en la ciudad de Tyler, en Texas. Luego tomé clases de dibujo y fotografía en el mismo lugar, por alrededor de un año. Allí conocí a la que continuó siendo mi docente en su atelier privado por un año y poco más, la licenciada y artista Jan Widner. Lo interesante fue que desde mi primer día de clase de pintura no pude parar de pintar un solo día. Pintaba varias horas al día y a medida que pasaban los meses aumentaba el número de horas. Jan me ayudó a descubrir mi propio estilo y a exponer por primera vez y en esa oportunidad una de mis obras llevó un primer premio. Yo estaba muy sorprendida de que las cosas se estuvieran dando de esa manera”, indicó.

Poco tiempo después comenzó el interés del público en adquirir su trabajo. “Todo co-

menzó entre 2003 y 2004, y me he dedicado al arte desde entonces. A fines de 2006 me mudé y comenzó a hacerse más difícil asistir al estudio de Jan. Ella me alentó a que continuara sola. Continué pintando, investigando técnicas, estilos, estudiando mucho, pero ya como autodidacta”.

Sin embargo, reconoció que todo implicó esfuerzo. “Todos estos años han sido un esfuerzo continuo, nada de esto fue fácil, y el arte para mí no ha sido ni es un hobby sino mi trabajo. La tarea de un artista no es nada fácil, ya que no contamos con un ingreso fijo, ni beneficios sociales, y tenemos muchísimas exigencias”, dijo Mónica, una apasionada de los animales que actualmente posee cuatro gatos, un perro y dos ovejas, todos rescatados y a los que considera parte de la familia. “A lo largo de los años fueron muchos los animalitos rescatados que vivieron con nosotros”, añadió.

Su trabajo es de un estilo abstracto y en la mayoría de sus cuadros hay flores. “El resultado final de cada obra muestra muchas veces simplicidad, más allá de que hay mucho trabajo en ellas, el resultado es simple. Pienso que deberíamos volver a ser menos complicados y más simples, más en contacto con nuestro ser y la naturaleza. Tal vez este sentir se refleje en los cuadros”, sostuvo.



“Me inspiro en la naturaleza que admiré siempre profundamente. También mi abuela Teresa Palermo tuvo gran influencia en mi pasión por las flores. Me crié a su lado y de niña la ayudaba a trabajar en su jardín, donde ella cultivaba todo tipo de flores y plantas. Otros cuadros están inspirados en sueños”, acotó.

En cuanto a la técnica, “trabajo mucho usando espátulas y no tanto pinceles. Me gusta aplicar gruesos relieves, creando textura sobre la tela. Ha habido y hay hoy en día muchísimo estudio e investigación sobre estilos, técnicas, formas de lograr diferentes efectos en una pintura, etcétera”.

Medio muy competitivo

La sanducera ha participado en cientos de ferias de arte. “Nueve o diez meses antes de la fecha del evento, hay un llamado público a los artistas. El artista se presenta con su currículum y fotos de su trabajo, todo bajo un cierto reglamento y condiciones. Un par de meses después un panel de jurados estudia cada caso y decide qué artistas son invitados a participar del evento. Si te llaman, comienzas los trámites subsiguientes para participar de la feria”, explicó.

Pero en un mercado tan grande, la competencia es fuerte. “Es un medio sumamente competitivo ya que hay un número muy alto de muy talentosos artistas, y ¡todos viven de su arte! Pero lo curioso es que nos damos fuerza unos a otros, ya que todos pasamos

por los mismos esfuerzos y dificultades y hay como un sentido intrínseco de unión, comunidad, aunque no se hable, sale naturalmente. Por ejemplo, si yo voy a una feria de arte y veo que soy la única pintora, no me va a gustar. En cambio si somos cuatro o cinco pintores o más, nos vamos a sentir contentos porque da la pauta de que el público de ese evento va con mentalidad de ver arte y probablemente consuma arte. Y como tenemos estilos diferentes --incluso dentro de un mismo estilo el arte de cada uno es único-- entonces siempre va a haber un nicho para todos”.

Y Mónica es reconocida por su trabajo. Recientemente un periódico de la zona, Gainesville, le hizo una nota que fue publicada primera página de la edición del domingo. Actualmente trabaja en su atelier por no menos de ocho horas diarias. “En fechas de exhibiciones llegan a ser 12 o 14 horas. El trabajo no se limita a la creación de la obra sino que implica además todo lo que tiene que ver con promoción y marketing, investigación, planificación, reuniones o entrevistas, y toda la parte legal: permisos con la ciudad, el condado, los estados, papeleo, etcétera”.

“Como artista hay que invertir en los materiales, que son caros, promoción e impuestos. Luego salir a vender tus obras para recuperar lo invertido y poder tener ganancia. Y, por supuesto, tenemos que pagar las cuentas y vivir como todo el mundo. Pero disfruto de lo que hago”, señaló la sanducera.

Su trabajo ha estado en galerías de arte en los estados de Florida, Arkansas y Texas. Pero también en la Galería S’Cultura de Paysandú. “Expuse allí en 2008 y la directora de la galería, Teresa Delgado, ha apoyado mi arte desde ese momento y estoy muy agradecida. Además, he vendido a

lo largo de gran parte de Estados Unidos y otros países a través de mi sitio web (www.monicafallini.com), que está diseñado y mantenido por Martín”.

Persistencia y trabajo

Mónica agradece lo que ha logrado. “He tenido gran apoyo del público y no me canso de dar las gracias. Las experiencias con mi arte han sido en general positivas, las negativas han sido más de tipo personal o de inserción en una sociedad diferente, pero siempre me sacó adelante mi camino espiritual y mi arte”, indicó la sanducera, cuyo padre, Juan Pablo Fallini, reside en Paysandú y aún lo extraña “muchísimo”.

“Mi madre, Mirta, falleció hace diez años y no he dejado de extrañarla mucho. Ella fue mi mentora y era una mujer con gustos refinados y gran talento para el arte y el diseño, a la vez muy trabajadora y tenaz. Mis padres comenzaron a trabajar muy jóvenes --mi padre comenzó siendo un niño--, trabajaron duro durante toda su vida”, dijo.

A pesar de estar feliz con su profesión en Estados Unidos, admitió que extraña “mu-



chísimo Uruguay. Cada tanto son fuertes las ganas de volver, pero pienso que no depende de nosotros la decisión sino de algo superior a cada uno que marca los destinos”.

“Recuerdo en algunos momentos encontrarme con personas que no conocía y me decían: ‘Por favor, no dejes de pintar’. Yo no tenía intención de dejar de pintar en ese momento y me preguntaba qué habrían querido decir. Pues un tiempo después sucedía algo importante en mi vida que me hacía pensar en abandonar y dedicarme a otra cosa. Pero traía a mi mente las palabras alentadoras de esos desconocidos y tarde o temprano los momentos difíciles pasaban. Me mantuve, persistí, perseveré”, afirmó.

Mónica realiza un balance de estos años en que ha vivido plenamente su arte: “Han sido muchos años de ir deshaciendo mitos, o falsas creencias, como por ejemplo que no se puede vivir del arte. Ha sido un proceso trabajoso pero está rindiendo sus frutos poco a poco. Mi esposo me apoyó y gustó de mi trabajo desde el principio. Es un proceso y es necesario tener muchísima paciencia y una actitud mental positiva fundamental para no abandonar en las tantas oportunidades donde parece que fracasas”.

